

Don César tomaba el sol en la puerta de la casa de Don Pedro de Mejía, y al ver que Teodoro pasaba y le miraba fijamente, comprendió que algo tenía que decirle; se levantó con disimulo y le siguió.

Uno en pos del otro llegaron hasta la calle de San Hipólito y hasta la habitación reservada de Don César.

—¿Qué tenemos?—preguntó éste.

—Las cosas marchan—contestó Teodoro;—el arzobispo no se contentó con orientarme en el asunto, sino que ha tomado las cosas por su cuenta con tanto calor, que no desea saber sino la hora y lugar de la ceremonia; todo dice que lo tiene dispuesto.

—¿Habrás encontrado á Luisa?

—No sé nada; encargóme solo de avisarle lo que os digo y nada mas: ahora quisiera saber si podremos darle el aviso oportunamente.

—Sí tal, que yo debo saberlo.

—Entonces, os suplico que me lo digais para no quedar mal con S. Illma.

—Lo sabrás y podrás darle aviso.

VI.

Cómo el hombre que duerme no ve formarse la tempestad.

Don Pedro seguía en los preparativos de su boda, sin sospechar siquiera lo que se tramaba contra él.

La noticia de aquella boda se había esparcido por la ciudad: Doña Catalina era conocida; pero como tenía cuidado de no presentarse en público y se había cambiado el nombre, nadie suponía que fuese ella la misteriosa prometida de Mejía.

Se contaban cosas maravillosas de su hermosura y de su nobleza; era, según Don Alonso de Rivera, que había visto las ejecutorias de la casa, descendiente por línea recta del emperador Guatimoc, y de una de las familias mas nobles de la península.

Esto y la vida misteriosa que tenían la hija y la madre, hacía que se hablara de ellas en toda la ciudad.

Don Baltasar de Salmeron daba vueltas sin encontrar en su cabeza un medio para salir airoso con el virey y el visitador, en el negocio de la conspiración.

Las conversaciones acerca del casamiento de Mejía llegaron á sus oídos, y comprendió que verdad ó mentira, la madre de la que iba á ser esposa de Don Pedro era muy á propósito para pasar por la misteriosa dama de que él había oído hablar.

Varias circunstancias contribuían á esto; eran una madre y una hija, vivían en el misterio, decíanse descendientes de Guatimoc, y estaban, por decirlo así, de moda; en todo caso él nada exponía con la denuncia, y tal vez podría resultar que había acertado. ¿Quién le respondía de que aquella mujer no fuera la que buscaba, atendiendo á aquellas circunstancias?

Salmeron no vaciló, y pidió una audiencia al virey.

Ya éste le esperaba y muy pronto le concedió la entrada, con asistencia del visitador.

—¿Hase adelantado algo en la averiguacion?—preguntó el virey.

—Creo haberlo descubierto todo—contestó Salmeron.

—Hablad—dijo el visitador.

—Recordarán S. E. y su señoría que dije que el alma de la conspiracion era cierta dama misteriosa que yo no podia conocer.....

—Sí—le interrumpió el visitador para hacer gala de su memoria—y que los únicos datos que teniais, eran que ella se decia descender del emperador Guatimoc, que vivía sola con una hija hermosa, y que tenían una existencia misteriosa.

—Exactamente, su señoría no olvida nada: pues bien, creo que he dado con esa mujer.

—¿Quién es? ¿cómo se llama?

—Su nombre no podré decirlo á S. E., porque aun no lo sé, pero quién es, sí.

—Pues ¿quién es?

—¿Sabe S. E. que debe casarse muy pronto Don Pedro de Mejía?

—Sí, el amigo del marqués de Gelvez.

—El mismo.

—¿Y eso qué tiene que hacer?

—Que la dama con quien se casa; es la que yo buscaba de orden de S. E.

—¿La madre?

—No, la hija es la que se casa; la madre es la mujer de la conspiracion.

—Aguardo—exclamó el visitador—y sí, en efecto, que referir he oido que esa dama vivía y vive con tal misterio, que nadie la conoce, y que se dicen ser de la familia de Guatimoc. Pues no había yo caído en cuenta. Puede que Don Baltasar tenga razon.

—Al menos si me equivoco, su señoría comprenderá que soy disculpable.

—Vaya, lo creo; pero ya pensaremos qué se hace: os ruego, señor Don Baltasar, que averigüeis en dónde viven esas damas, porque las cosas están mal, no es posible formar tan pronto como se deseara la expedicion que debe marchar para Acapulco, y esos pícaros herejes holandeses viven allí como si fuera su casa, y es seguro que seguirán entendiéndose con los criollos, y que éstos, envalentonados con aquel revés, quieran el día menos pensado hacer aquí un tumulto como el que acaba de pasar, y ahora por desgracia cuentan con mayores elementos para ello; de modo y manera que urge el remedio, que tan fuerte debe ser como es grave el mal y aguda la enfermedad.

—¿Qué dispone V. E. que yo haga?—preguntó Salmeron.

—Nada mas sino que esta noche me traigais la noticia que os he pedido, adónde puede haberse á esa dama para prenderla.

—¿S. E. me permite hacerle una pregunta?

—Decid.

—¿Y si no saliera cierto lo que yo me he pensado y he

dicho á S. E., porque no sea esa dama la que se busca, tendria yo que sufrir algunas malas consecuencias?

—Ningunas; porque os salva antes que todo, vuestro empeño en el servicio de S. M., y porque el señor visitador tiene la misma idea que vos.

—Exactamente—agregó el visitador—y los hombres por desgracia no somos infalibles.

—Gracias, Exmo. señor; voy á trabajar con mas fe, porque V. E. me quita un enorme peso del corazon.

—Id sin cuidado—dijo el virey.

Don Baltasar se dió á averiguar adónde vivia la misteriosa prometida de Don Pedro y cómo se llamaba.

Ocurrióle dirigirse á la casa de éste y ver si le era posible cohechar á un lacayo y saber por su medio lo que deseaba.

Pasó por la casa y se detuvo enfrente; muchos criados entraban y salian, pero ninguno le daba las suficientes garantías.

Así pasó un largo rato, hasta que observó que del interior hácia la calle, se dirigia cojeando y apoyado en un grueso baston, un mendigo.

Generalmente los hombres tienen mas mala opinion de sus semejantes á medida que los ven mas miserables.

Exactamente esto sucedió á Salmeron, que apenas divisó al limosnero, que era nada menos que Don César, dijo en su interior:

—Este es mi hombre.

Don César salió á la calle y Salmeron le fué siguiendo hasta que estuvo muy retirado de la casa de Don Pedro; entonces se acercó á él, por ver si le pedia una limosna y comenzar así la conversacion.

Pero el mendigo le vió acercarse sin pedirle nada.

Salmeron anduvo á su lado provocándolo materialmente á pedirle, pero el mendigo continuó callado.

Entonces Salmeron hizo sonar el dinero que llevaba en las bolsas de sus gregüescos. El mendigo le miró y calló tambien.

—Esto es raro—dijo entre sí Don Baltasar;—quizá viene de ver á Mejía, que se ha vuelto pródigo con la boda, y le haya dado una gran limosna. Probemos otro modo.

—Oye—dijo en alta voz dirigiéndose á Don César.

—¿Qué manda su señoría?—contestó Don César quitándose con mucha humildad su viejo sombrero.

—¿Vienes de la casa de Don Pedro de Mejía?

—Allí vivo, señor.

—¿Allí vives?

—Sí, señor.

—¿Y es verdad que se casa?

—Sí, señor.

—¿Y con quién?

—No podré dar razon á su señoría, porque yo nunca subo, y vivo en un cuarto del segundo patio.

—Pero los criados te habrán dicho.....

—Me tratan muy mal, no me hacen caso.

—¿Entonces cómo sabes lo que me has dicho?

—Eso, porque todos saben que esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?

—Sí, señor.

—¿Y en dónde?

—Aquí en la casa.

—¿A qué hora?

—Han mandado que todos los criados estén listos á las ocho, para salir con cirios á encontrar á la novia.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Bien, toma por la noticia.

Don Baltasar dió á Don César una moneda, y se retiró.

—¿Qué querrá decir esto?—pensaba Don César mirando la moneda:—¿será cosa del arzobispo? Creo que no; él solo se entiende con Teodoro. . . . en todo caso, creo que no es nada bueno para Mejía. . . . En fin, vamos á avisar á Teodoro, que importa que el arzobispo sepa lo que hay esta noche por acá; veremos lo que ha dispuesto y lo que hace S. S. Illma.

Y guardándose la moneda, se encaminó apresuradamente para la casa de Teodoro. . . .

Brillantemente iluminada la casa de Don Pedro de Mejía, anunciaba á los habitantes de la ciudad de México el segundo matrimonio del rico-home.

Los lacayos, los esclavos, los reposteros, entraban y salían; multitud de músicos llenaban el patio ó esperaban en la calle, y de un momento á otro debía salir la novia de su casa para presentarse en la de Don Pedro, que debía recibirla en la puerta de la calle.

Por un exceso de lujo y de ostentacion muy comun en aquellos tiempos, todo el camino que de su habitacion á la casa de Mejía debía recorrer la desposada, por la calle y por los patios de una y otra casa, se habia embaldosado, por decirlo así, con barras de plata que formaban una via como de tres varas de ancho.

Aquella ostentacion, que en nuestros dias hubiera parecido locura, era, sin embargo, la costumbre de los potentados de México en los primeros siglos de la dominacion española.

Doña Estela, como se habia hecho llamar Doña Catalina, dió aviso de que iba ya á salir, y entonces, como formándole una valla militar, dos hileras de lacayos, soberbiamente vestidos y con gruesas hachas de cera, se colocaron á los lados de la via de plata dispuesta para que pasasen la novia y la comitiva.

Todas las músicas sonaron, los cohetes poblaron el espacio iluminando verdaderamente gran parte de la ciudad, y Doña Catalina, vestida de blanco y cubierta con un velo, atravesó la calle en medio de gritos y aclamaciones.

Don Alonso de Rivera le daba el brazo, en el que Catalina se apoyaba desfallecida, no por la emocion, sino por el orgullo.

—Os he cumplido mi palabra—decia por lo bajo Don Alonso:—¿estáis satisfecha?

—Sois un hombre adorable—contestó Catalina;—pero aun tiemblo, y no estaré segura hasta que haya pasado la ceremonia.

—Teneis tanta fortuna, hermosa mia, que todo saldrá segun vuestros deseos, y á fé que estais tan bella, que comienzo á sentir celos de Don Pedro.

—Ingrato!—contestó Catalina con una sonrisa hechicera.

Mejía estaba ya en el zaguan de su casa, y ofreció á Catalina su mano para entrar á ella y para subir las escaleras.

Al llegar al salon Catalina apartó el velo de su rostro, y la concurrencia lanzó un grito de admiracion.

Aquella no era una mujer, era un arcángel; sus ojos alumbraban como el sol, y habia en ellos tanta dulzura, tanta modestia, que hubiera sido necesario no verla para no amarla: desde lejos parecia percibirse el aroma de su aliento, y la blanca luz de las bujías resbalaba sobre su

frente tersa y bella, como orgullosa de poder bañar aquellas formas encantadoras.

Un sacerdote revestido salió de una de las piezas interiores; Don Pedro se puso al lado de Catalina, y Don Alonso de Rivera y la madre de la joven desposada, tomaron sus respectivas colocaciones como padrinos en aquella ceremonia.

Doña Catalina, componiendo la falda de su trage, tocó la mano de Don Alonso y se la estrechó convulsivamente; Don Alonso correspondió. Aquello queria decir:

—Llegó el momento.

—Triunfamos.

En medio del mayor silencio y del mas completo recogimiento, Don Pedro y Doña Catalina pronunciaron los votos que debian unirlos para toda su vida. El sacerdote habia echado su bendicion sobre aquellas manos enlazadas y trémulas, cuando la gran puerta del salon en que se celebraba la ceremonia, se abrió con gran estrépito, y rompiendo por en medio de la asombrada concurrencia, llegó hasta donde los novios estaban, el Illmo. señor Don Juan Perez de la Cerna, arzobispo de México, seguido de una gran comitiva y llevando de la mano á una negra miserablemente vestida y que le seguia, riendo como una insensata.

—En nombre de la Iglesia que represento y de nuestra sagrada religion, suspéndase este matrimonio, que no puede llevarse á efecto.

El asombro se pintó en todos los semblantes, y el mismo Don Pedro no se atrevió á hablar; solo el sacerdote que habia dado la bendicion tomó la palabra.

—Debo informar á S. S. Illma.—dijo con tono solemne—que la ceremonia ha terminado, que el matrimonio es ya legítimo y rato.

—¡Don Pedro de Mejía!—exclamó el arzobispo alzando la voz y tomando el aire mas religiosamente trágico que le fué posible—habeis contraido segundo matrimonio viviendo aún vuestra primera mujer; habeis engañado á una joven hermosa y pura para arrastrarla al altar cegándola con el esplendor de vuestras riquezas, en tanto que tenéis arrojada á la miseria y al desprecio á vuestra legítima esposa, á quien habeis por artes reprobados y mágicos, hecho perder su natural figura y su inteligencia, convirtiéndola de una mujer bella en una negra estúpida. Don Pedro de Mejía, aquí tenéis á vuestra verdadera mujer, á la mujer á quien os dió la Iglesia, y vos la habeis arrojado contra toda ley y derecho; recogedla en nombre de la religion y del derecho.

Y tomando el arzobispo de la mano á la negra, la colocó violentamente en medio del círculo que formaban los concurrentes.

Doña Catalina lanzó un grito y se cubrió el rostro con ambas manos. Don Pedro, con los cabellos erizados, dió un paso atrás como si hubiera visto una serpiente, y la negra mirando por todos lados, rió estúpidamente.

Antes que pudieran volver en sí de su sorpresa los autores de esta escena, antes que bajase la mano el arzobispo, que tenia alzada con un ademan amenazador, un nuevo rumor se percibió en la entrada del salon, y volvió á oscilar el concurso y á separarse para dar paso á nuevos personajes.

Un alcalde de la Audiencia, seguido de escribanos, alguaciles, curiosos, y con farolillos y varas, penetraron en el salon y se detuvieron en el centro al lado del arzobispo, que se mostraba entonces tan admirado como los demás.

—¿Quién es—dijo el alcalde—la madre de la nueva esposa de Don Pedro de Mejía?

—Yo—dijo la madre de Catalina adelantándose.

—Dese presa á S. M. y sígame—dijo el alcalde tomándola una mano para llevársela.

—¿Presa por qué?—exclamó ella.

—De orden del virey.

Doña Catalina se arrojó en sus brazos como para impedir que se la llevasen, y todos los demás permanecieron inmóviles y en silencio.

—Señora—dijo el alcalde—vamos, seguidme, y no me obligueis á usar de la fuerza.

—¡Yo quiero ir con mi madre!—gritaba Catalina.

—Señora, es imposible.

—¡Dejadla, dejadla!—exclamaba Catalina arrodillándose á los pies del alcalde:—¡por Dios, señor alcalde! ¡adónde llevais á mi madre?

—Señores—dijo el alcalde—¿no hay entre vosotros uno que contenga á esta señora, para que no impida el cumplimiento de una orden de la justicia, y vaya á tener que sufrir un desaire ó una tropelía?

Don Alonso, pálido como un cadáver, salió de entre el concurso y levantó á Catalina, medio desmayada del terror.

El alcalde saludó, y salió llevándose á la vieja entre los alguaciles.

Por un largo rato nadie interrumpió el silencio, hasta que al fin dirigiéndose á Don Pedro y á Catalina, que lloraba amargamente, dijo el arzobispo mostrando á la negra, que no daba indicio de comprender lo que acontecía:

—No pueden quedar bajo el mismo techo la mujer legítima y la concubina; y esa dama, señor Don Pedro de Mejía, estando aquí vuestra esposa, es vuestra concubina y debe salir de aquí, ¿lo oís? la religion lo manda.

—Tiene razon—dijo con fiereza Doña Catalina.

Y tomándose del brazo de Don Alonso, salió del salon.

—Don Pedro de Mejía—dijo el arzobispo—os vuelvo al buen sendero, os entrego á vuestra esposa; arrepentíos y haced penitencia, y que Dios os vuelva á su santa gracia.

Y presentando de nuevo la negra á Don Pedro, salió con toda su comitiva.

Los convidados quedaron agrupados en el fondo del salon contemplando la escena que se representaba en el estrado; Don Pedro con la cabeza inclinada y la mirada fija, y la negra sentada en un sitial con su estúpida y eterna sonrisa.